

JUAN VAZQUEZ DE CORONADO



J. I. Iñiguez
de coronado

JUAN VAZQUEZ DE CORONADO

LA PERSONALIDAD DE VAZQUEZ DE CORONADO

“La historia, ha dicho el ilustre pensador Dr. Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia, debe considerarse no como una crónica, sino como un proceso. Esta definición es en verdad acertada, y en pocos casos podría aplicarse con mayor exactitud que en lo que a la historia de América se refiere. Porque en la relación de sus hechos, desde el descubrimiento y la conquista hasta la independencia de las que hoy son sus pujantes Repúblicas, resalta claramente ese notable proceso que, comenzando con la dominación del suelo y a través de las etapas diversas de la colonización cristaliza al fin en las nacionalidades actuales, en las cuales brillan, a pesar de las diferencias impuestas por circunstancias locales, las características generales que les imprime su sello netamente hispánico. El descubrimiento del continente americano tuvo consecuencias de cuyo alcance es innecesario hablar. Pero debe tenerse presente, como lo indica Don Salvador de Madariaga, que fué ese hecho el que “hizo de España la primera nación universal”, dándole una grandeza que califica de casi anormal. No faltan, por supuesto,

quienes vean en él un suceso fatal, preparado a fecha fija por una voluntad superior. Nuestro historiador Batres Jáuregui—nuestro en el sentido centroamericano—, dice en su erudito trabajo sobre “Los Indios” que “así como el descubrimiento de América estaba preparado por los designios de la Providencia, la conquista del Nuevo Mundo se hallaba históricamente preparada también, a causa de los sucesos varios que en luchas sangrientas dividían a los pobladores de estas comarcas americanas, cuya civilización harto había decaído”. No es nuestro propósito discutir esta tesis. Queremos recalcar que la Conquista fué una obra única en la historia del mundo, porque si bien han sido varios los pueblos que en el transcurso de los siglos y en diferentes partes del globo realizaron actos semejantes en cuanto a posesión de territorios y creación de colonias se refiere, ninguno otro hizo la tarea casi milagrosa de transplantar una civilización y de crear una raza en un medio nuevo y de extensión en cierto modo ilimitada. Bien dijo López de Gomara en la dedicatoria de su “Historia General de las Indias” al Emperador Carlos V que “la mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la encarnación del que le creó, es el descubrimiento de Indias”.

Y queremos recordar también que esa empresa no fué realizada sólo por afán de lucro, ni únicamente por aventureros. Hubo entre los conquistadores hombres nobles, no tanto por su linaje, distinción efímera y vanidosa, sino por el temple de sus almas, a los cuales guiaba el afán altísimo de la gloria, el deseo de servir a su Rey y a su Dios. Eran los dignos hidalgos hispanos, trocados en soldados y colonizadores. Junto a

ellos encontramos a los capitanes despiadados o codiciosos, pero para honra de España debe recordarse que su obra y sus tratos no fueron justificados por la Corona. Al contrario, les mereció acres censuras y originaron aquellos nobles esfuerzos que se tradujeron en las leyes de Indias y en las reales cédulas encaminadas a poner coto a sus desmanes. En 1628, por ejemplo, el Rey Felipe IV dice: "Quiero que me deis satisfacción a mí y al mundo del modo de tratar esos mis vasallos (los indios), y de no hacerlo con que en respuesta de esta carta vea yo ejecutados castigos ejemplares en lo que hubieran excedido en esta parte, me daré por deservido; y aseguraos que no lo remedieis, lo tengo de remediar, mandaros hacer gran cargo de las leves omisiones en esto, por ser contra Dios y contra mí, y en total ruina y destrucción de esos reinos, cuyos naturales estimo y quiero que sean tratados como lo merecen vasallos que tanto sirven a la monarquía, y tanto la han engrandecido e ilustrado". ¿Qué palabras pueden ser más elocuentes que éstas? Ellas solas bastarían para salvar a la Corona de censuras, a base de buena fe y sinceridad. Por otra parte, no era lógicamente posible esperar que todos los hombres que participaron en la conquista estuviesen a la altura de tan magnánimos deseos. Pero las virtudes de los grandes bastan para oscurecer las miscrias de los pequeños, y es deber nuestro exaltar a aquéllos para honrar con fidelidad los timbres de nuestra estirpe ibérica.

La historia de Costa Rica tiene, precisamente, en Juan Vázquez de Coronado una de sus figuras más interesantes, y la de América uno de los conquistadores que por la condición de su carácter hace honor a

la gloriosa tradición española, iluminando la epopeya con el brillo de su bondad y su hidalguía. Esa figura resalta poderosa en las obras de nuestros historiadores especialmente los señores D. León Fernández, D. Manuel Ma. de Peralta y D. Ricardo Fernández Guardia. Poco, ciertamente, podría añadirse a lo que ellos han dicho. Pero siendo tan escasas aquí las personas que sienten afición por las cosas que al pasado de su patria se relacionan, y estando los datos relativos al Gran Adelantado dispersos en diferentes obras, algunas de las cuales no son ya asequibles al público por estar prácticamente agotadas, cúmplase una deuda de gratitud al rendir homenaje a la memoria del preclaro varón a cuyo esfuerzo se debe en gran parte la estabilidad de la obra colonizadora en nuestro país. Ese fin tienen estas líneas.

En Vázquez de Coronado concurren todas las virtudes que ennoblecen al hombre y dignifican la vida, desvirtuando la tétrica "leyenda negra" que quiere oscurecer la portentosa hazaña del descubrimiento y la conquista encuadrándola en los estrechos límites de las humanas miserias, haciendo caso omiso de lo que ella tuvo de titánico y cuasi-divino.

De su buen natural y del acierto con que comprendió la forma en que la enorme tarea debía llevarse a cabo queda constancia en sus cartas, recogidas por los escritores citados, y especialmente en la que Fray Pedro de Betanzos dirigió desde Cartago en junio de 1563 al rey Felipe II uno de cuyos párrafos dice: "Halle que su zelo y modo de conquistar es tan bueno como el religioso que mas zelo tiene del bien y pro destes naturales; sepa vuestra magestad



EL GRAN ADELANTADO
DON JUAN VAZQUEZ DE CORONADO

Cuadro original de Don
Tomás Povedano de Arcos.

que dando gloria nuestro señor, que no a avido en las Yndias todas conquista mas sin perjuizio y sin cargo de la rreal conciencia de vuestra magestad que es ésta: vuestra magestad deve encomendarle la governación della y el rrepartir de la tierra a los conquistadores della, que á más de dos años que el y ellos trabaxan de su bolsa sin que vuestra rreal audiencia aya gastado un maravedí con ellos, antes el sobre dicho Johan Vázquez de Coronado a gastado gran suma de pesos con los soldados y con los naturales, atrayendolos mas con dádivas que por fuerza de armas, por evitar muertes y rrobos que se les podría hazer, de lo cual alabo a nuestro señor por ello..." (1).

Este desprendimiento y generoso ánimo del conquistador confirmanlo los vecinos de la ciudad del Castillo de Garcimuñoz en carta de la misma fecha al monarca español, (2) testimonio que es página gloriosa tanto para el aludido como para España. Esos documentos, escritos con una ingenuidad que acrecienta su mérito, prueban que entre los conquistadores había hombres a quienes no guiaba el afán de lucro sino la luz de un ideal altísimo, y también que muchos de sus compañeros, los religiosos en primer término, estaban poseídos de un fervoroso celo cristiano que sometía a juicio los procedimientos de aquellos, denunciando con voz airada los abusos de que se hacía víctima a los aborígenes, así como el irrespeto a las disposiciones que regulaban el proceso de la colonización o afrentaban los privilegios de que por naturaleza go-

(1) Lic. D. León Fernández.—Documentos para la Historia de Costa Rica. Tomo VII - Pág. 10 - 11.

(2) Ibid.

zaba toda persona bien nacida. Vázquez de Coronado, como tantos otros conquistadores, gastó su hacienda en la empresa de ganar a la civilización las tierras fabulosas de Indias, y si se dirige a su rey reclamando lo que se le debe, hácelo en forma que revela al caballero que pide lo que en justicia le pertenece, y no como el aventurero que con humillación solicita la prebenda inmerecida. No le duele dedicar su haber a la tarea heroica de forjar con la sangre y con el alma hispánicas un nuevo mundo, más real y grandioso por su significado espiritual que por su pujanza material, con ser ésta tan asombrosa. "Gastado he mi hazienda, y gastare lo mas que pudiere hasta que Vuestra Magestad dé la orden que mas convenga a su servicio", dice en carta al rey, agregando estas generosas palabras: "Espero en nuestro Señor con su favor atraellas (a ciertas provincias) a su conocimiento con gran brevedad y al dominio de Vuestra Magestad por la orden pasada, a costa de mi hazienda y de empeñarme en mas de lo que estoy. Trabajos se an pasado y pasan, pero el fruto es tan grande que anima a todos" (1).

Y si recomendable es su desprendimiento, la voluntad con que invierte sus dineros en "dar calor" a la conquista adquiriendo víveres, ropas y ganados para dar a los colonos, cuán noble su empeño de ahorrar violencias, de ganar por la dulzura a los aborígenes, de evitar atropellos e inútiles derramamiento de sangre... Así, justifica su actitud y buena fe diciendo: "Estos yndios confiesan sin preguntarselo tener oro;

(1) Cartas de Juan Vázquez de Coronado, nuevamente publicadas por D. Ricardo Fernández Guardia. Pág. 13 - 19 - 26.

yo no lo poseo porque no lo dan sin molestia y esta no se les ha de hazer, porque respectado esto tengo para con ellos credito y me reciben de paz donde lle-go, y haziendo esto entiendo que sirvo a Dios nro. S or. y a Su Magt. (1); duélese de los sacrificios hu-manos: "Hízome gran lástima saber que acababa de sa-crificar quatro muchachos para enterrar con un her-mano que se había muerto, rito entre ellos muy usado. Reprehendíselo y dile a entender por los ynterpretes la maldad que cometia y quitele que no matara otros dos que tenia para ese efeto" (2); alégrase cuando en las peripecias de la conquista evítanse las muertes no só-lo de sus soldados sino de los indios también: "lo qual bisto por los soldados arremetieron al fuerte y le ganaron, sin que muriese a ese tiempo yndio alguno, de lo que no poco contento rescibi" (3); insiste en que se visite a los indios en son de paz: "abiendo ante to-das las cosas dado la obediencia a V. Mtt. los paci-que, la qual conseguí con halagos y buenos tratamien-tos y con dalles rescates y otras cosas, con las quales los amansé, de manera que se tratan domesticamente con los que residimos en servicio de V. Mtt. en esta provincia. Tengo en mucho este buen suceso por ser sin efusión de sangre y guardando el orden que V. Mtt. manda se tenga, que cierto a sido con trabajo y costa, porque no he consentido que se haga agraba a los naturales ni se les tome cosa alguna sin pagar, por cuya razón ellos de golpe an benido a reconocer a V. Mtt. por su Rey y Señor..." (4); y más que

(1) Cartas, Pág. 26.

(2) Id. Pág. 44 - 45.

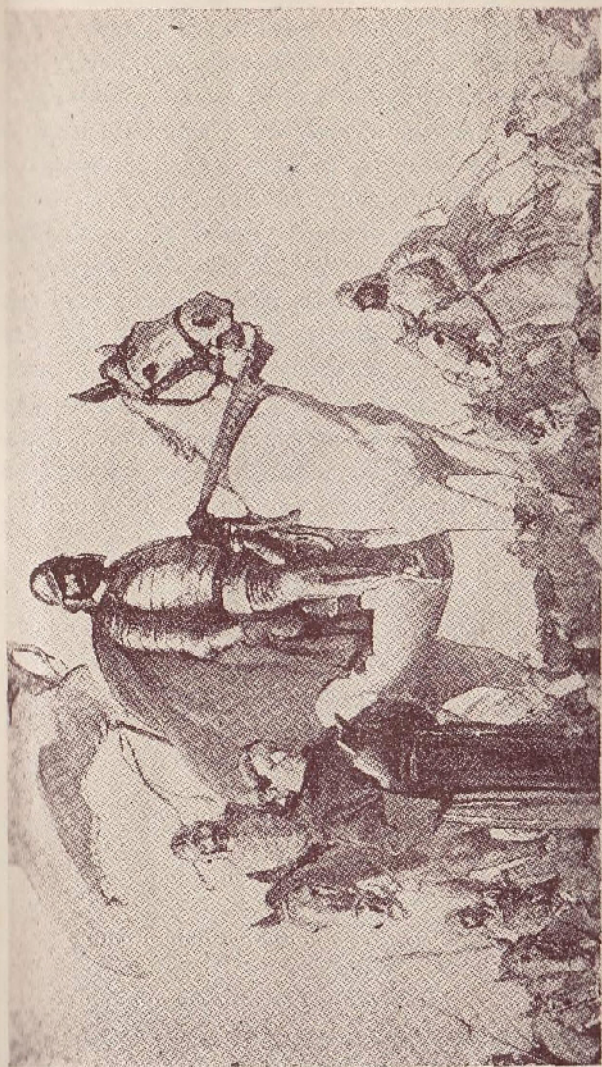
(3) Id. Pág. 47.

(4) Id. Pág. 43.

todo preocúpale el atraer a los naturales a la grey de Cristo para mirar por la salvación de sus ánimas: "Diez y seis mil yndios y mas quedan de paz, sin clérigo ni fraile que les diga misa, ni aun quien la diga a los españoles ni a los yndios les de luz de nuestra fee: escrúpulo tengo dello y creo Su Magt. lo tendría si lo supiere: V. Sa. provea de remedio..." (1)

Vese en todas estas frases al capitán magnánimo, que desea someter a la soberanía de su Rey y Señor las nuevas tierras que ofrecen a la pujanza de la grande España sus tesoros maravillosos, pero quiere que la empresa no sea manchada por la sangre de víctimas innecesarias, sino por lo contrario brillantada por la lealtad en el trato y consagrada por el triunfo de la fe cristiana sobre la idolatría de las razas autóctonas. Para Vázquez de Coronado la colonización no es aventura de expoliación sino de verdadera cruzada, y ciertamente, si la pequeñez del escenario en que le tocó actuar ha mantenido su nombre en relativa oscuridad, es hora ya de presentarle a la admiración general como uno de los más genuinos representantes del conquistador español, que a los méritos de soldado pundonoroso unió los atributos caballerescos que son los más preciados blasones de la verdadera grandeza. Su valor era reposado y sereno, con ese arrojo de los verdaderos caudillos. Su ideal era servir a su Rey con nobleza, pensando en la gloria antes que en el lucro. Con generoso gesto abría su bolsa para atender a las necesidades de sus compañeros y subordinados, y generoso también perdona a quienes conspiran contra él: "vista la grandeza de la tierra, un Faxardo insto a al-

(1) Cartas, Pág. 26.



FRANCISCO VAZQUEZ DE CORONADO
Cuadro de Gerald Cassidy. (Paul A. Jones: "Quivira")

gunos soldados para que se pasasen a Alfonso Vázquez y diesen sobre mi y sobre esta tierra. El padre Fray Pedro Betanzos descubrió la celada: tengo preso al Faxardo y no e querido meter la mano en el negocio, porque tengo necesidad de gente y no de echalla del campo..." (1). Pero al proceder así, obra no sólo por las conveniencias sino también de acuerdo con su modo de ser. Y luego, cómo se preocupa del estado de sus gentes, cuán distinto de aquel Diego Gutiérrez cuyas desventuradas y egoísmo nos cuenta el italiano Benzoni, (2) que al pedirle sus soldados alimento les aconseja que maten a sus perros y los coman... Vázquez de Coronado en cambio invierte su capital y aun contrae deudas para surtir a los colonos miserables que vegetan en la olvidada provincia...

(1) Cartas, Pág. 37.

(2) D. León Fernández, Historia de Costa Rica durante la dominación española, Pág. 77 y siguientes.

VAZQUEZ DE CORONADO NOMBRADO ALCALDE MAYOR DE COSTA RICA

Juan Vázquez de Coronado fué nombrado Alcalde Mayor de las provincias de Nuevo Cartago y Costa Rica por la Audiencia de Guatemala en título librado el 12 de julio de 1562 (1).

Era oriundo de Salamanca, en donde había nacido en 1523, hijo de Don Gonzalo Vázquez de Coronado, alguacil mayor de la Real Audiencia de Granada, y doña Catalina de Anaya, ambos de noble alcurnia. Uno de sus hermanos acompañó a Felipe II en su viaje a Inglaterra en 1554 y peleó en Lepanto en las naves de don Juan de Austria (2). Otro, Francisco, vino también a América y realizó hazañas que inmortalizaron su nombre, colocándolo entre los más grandes capitanes que llevaron a cabo la Conquista. Siendo gobernador de Nueva Galicia, en México, fué escogido por el virrey Don Antonio de Mendoza para jefe de la famosa expedición que en busca de las fabulosas Siete Ciudades de Cíbola y el no menos fabuloso rei-

(1) Don León Fernández, Historia, Pág. 104.

(2) Véase nota final

no de Quivira llegó en 1540 al corazón del hoy estado norteamericano de Kansas (1). Vale la pena recordar esta hazaña, ya que ella pone de relieve no sólo las virtudes comunes a todos los conquistadores españoles de esa época, sino también y de modo especial aquellas que distinguiendo a Francisco Vázquez de Coronado brillaron también en su hermano Juan, igualándoles en arrojo, generosidad, desprendimiento, y en fin, en todos aquellos atributos del caballero y del soldado.

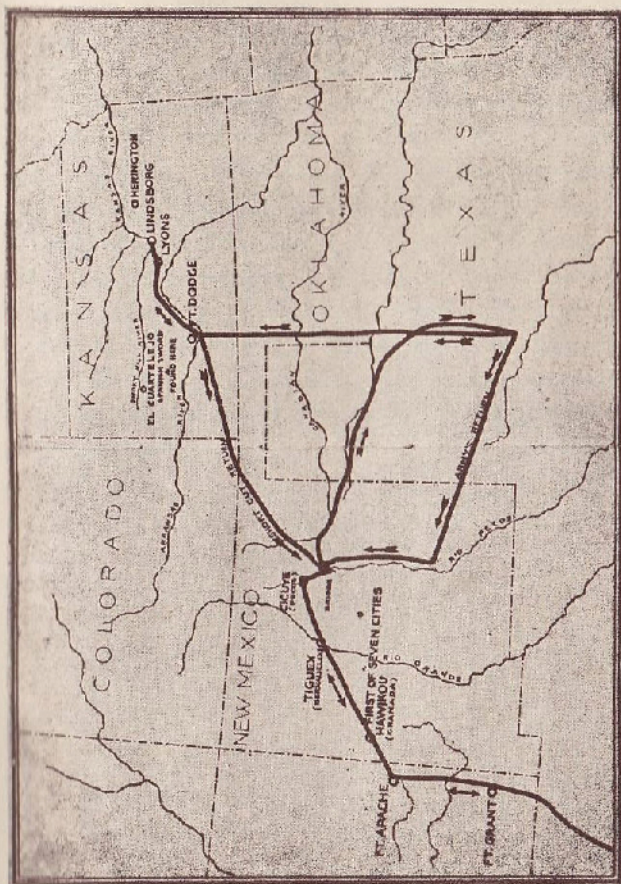
La leyenda de las Siete Ciudades de Cibola fué propalada por las narraciones de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Castillo de Maldonado, Andrés Dorantes de Carranza y el negro Estebanico, que con penalidades indescriptibles hicieron a pie el recorrido desde Florida, en donde desembarcaron en 1528, hasta Culiacán, en el golfo de California, habiendo atravesado el Misisipí y los actuales estados de Texas, Nuevo México y Chihuahua. En 1539 se organizó una expedición encabezada por Fray Marcos de Niza, quien hizo una minuciosa relación de su viaje, la cual despertó gran interés, realizándose en 1540 una segunda expedición en grande escala, de la que fué caudillo Francisco Vázquez de Coronado. Fueron estos españoles los que después de haber colonizado a México llevaron la luz de la civilización a esas regiones del norte. La significación de su obra ha sido ya reconocida con justicia, y en lo que a Vázquez de Coronado se refiere, tenemos

(1) D. Ricardo Fernández Guardia, *El Descubrimiento y la Conquista*, Pag. 121 y siguientes; Carlos A. Prieto, *El sueño de Cibola, México*, 1933; Alfonso Toro, *Historia de México*; Paul A. Jones, *Quivira, Kansas*, 1929.

de fecha reciente el interesante libro del norteamericano Paul A. Jones sobre la citada expedición, escrito con el sincero entusiasmo que merece tal empresa.

Éran, pues, los Vázquez de Coronado hombres de temple, en quienes prendió con singular ímpetu el afán de aventura que lanzaba hacia el nuevo continente a aquellos titanes que completaron la obra del Descubridor. El futuro Adelantado de Costa Rica emigró a México y luego a Guatemala, a donde llegó en 1550, recomendado al presidente de la Audiencia por real cédula. Allí casó con doña Isabel Arias Dávila, de la familia del terrible Pedrarias. Nombrado procurador de la ciudad, pasó luego a San Salvador como alcalde mayor y se destacó reprimiendo los conatos de rebelión de algunos soldados procedentes del Perú. Ejerció después igual cargo en Honduras, y en julio de 1561 tomó posesión de la alcaldía mayor de Nicaragua, sometiendo a los indios de Solentiname, Cotán y Bagaces (en territorio de Costa Rica estos últimos), "con el tacto y la suavidad que le caracterizaban". Ya desde entonces se preocupaba por la colonización de Costa Rica, auxiliando en lo posible al Licenciado Cavallón.

Para remediar la crítica situación de esta provincia, que se despoblaba rápidamente de españoles a causa de la miseria, la falta de comunicaciones y de un gobierno estable, la Audiencia dió el de Costa Rica a Vázquez de Coronado. Salió éste de León el 18 de agosto de 1562, con ochenta hombres y una cantidad de ganados y caballos, después de enviar adelante a su teniente Juan de Ovalle con auxilios para los pocos compatriotas que aquí habían quedado. El 6 de septiembre llegó a Nicoya, el 10 de noviembre a la villa



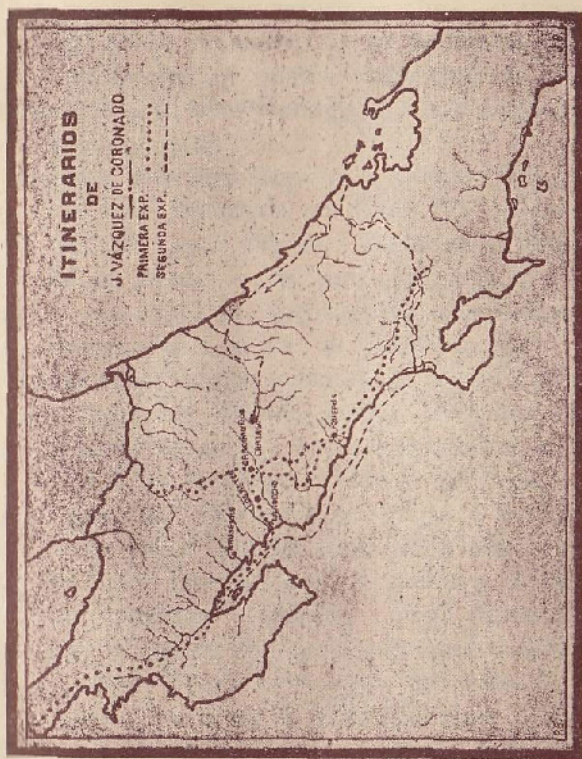
Ruta seguida por Francisco Vázquez de Coronado en su expedición a Cíbola y Quivira.

de Los Reyes y poco después a la ciudad de Garcimuñoz, fundada por Cavallón en marzo de 1561 en las llanuras de Turrúcares, a la margen derecha del río Ciruelas. Allí recibió en enero de 1563 a los indios principales capturados por el capitán Antonio Pereyra en las correrías contra el astuto cacique Garabito, a quien se había sentenciado a muerte por sus ataques a los españoles. El Alcalde Mayor con su acostumbrada afabilidad ganóse la voluntad de los naturales, a quienes devolvió la libertad. Corrida la fama de la bondad del jefe español, los señores de la tierra perdieron su temor y se llegaron a verle. Fué allí donde uno de éstos, "Acerrí", le pidió ayuda contra los indios de Quepo y Turucaca, que le hacían continua guerra. El capitán se lo prometió, "como a súbdito del Rey de España".

UN EPISODIO DE LEYENDA

Fué en el cumplimiento de esta promesa donde ocurrió ese episodio de leyenda, el rescate de la hermosa Dulcehe, que el hábil pincel del Maestro Povedano ha recogido, para enriquecer con su cuadro admirable no sólo nuestro escaso acervo artístico sino también el tesoro de nuestra tradición colonial, al dar con su inspiración nueva vida a aquella escena, ciertamente digna de la magnanimidad de Vázquez de Coronado. Oportuno es recordarlo pues que, como ha dicho Unamuno, la historia no es sólo la letra, el documento escrito, sino también la leyenda que recogiendo los hechos los embellece con un suave encanto y matiza su aridez con los amables tintes del ensueño.

Desistiendo el conquistador temporalmente de su propósito de visitar la atrayente región de Suerre, en donde se decía que era enorme la riqueza aurífera, se dirigió a los dominios de Acerri, en cuya residencia se alojó. No logró turbar la cordialidad entre españoles e indios el incidente suscitado por el escaso número de éstos ofrecido por los caciques para acompa-



Itinerarios de los viajes de Juan Vázquez de Coronado.
 (Cartilla Histórica de Costa Rica, por D. Ricardo Fernández Guardia).

ñar a los primeros, a pesar de que el noble capitán sintió enojo temiendo una celada.

En el valle de Candelaria Acerri o Aserri pidió a Vázquez de Coronado que sometiese a un tributario suyo, de nombre Tuarco, que se había rebelado, y el cual fué hallado por los españoles ebrio, cuando acababa de sacrificar en honor de un hermano suyo recientemente muerto los cuatro muchachos de cuya lamentable suerte se hace lástimas el Conquistador en su carta al rey ya citado.

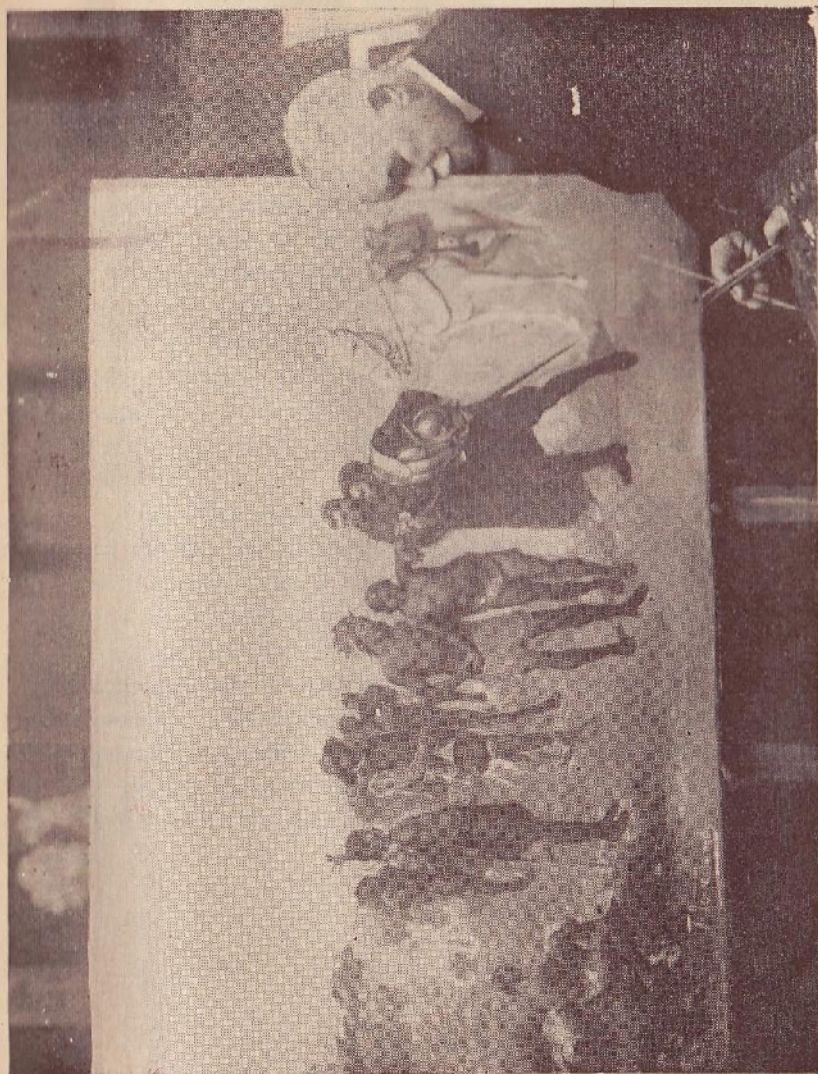
De allí a diez días llegaron a Quepo. "Los yndios Quepos, — dice relatando su viaje (1), — sabiendo mi yda dixeron que llegado tratarian conmigo el asiento de las pazes; y ansi fue, que luego que llegue el cacique me envió sus mensageros, que fueron ocho yndios principales, a saber mi voluntad. Diles a entender a lo que yba por mandato de V. M. Otro día bino el cacique con sesenta yndios, cargados de bastimento y carne de anta y puercos de monte, a verme. Dió a V. Mtt. el vasallage debido y ofreciose a servir con gran voluntad: llamase este cacique Corrohore; es el mas lindo yndio que he visto en Yndias; bino al día siguiente con gran numero de yndios y cantidad de bastimento; truxome de presente cinco piezas de oro labradas, y el tercero día, por la misma orden, otras cinco, y pidiome ayuda contra los naturales de Coctu (Coto), pueblo que dista de ellos 25 leguas y les dava continua guerra y las tenia cautibos una hermana deste cacique y ciertos yndios. Concedí a su petición y ofrecile, en nombre de V. M. tt., el ayuda que me pedía".

(1) Cartas, Pág. 45.

A continuación el caballeroso Capitán narra cómo partió para Coctu, acompañado de Corrohore y cien indios, haciendo algunas jornadas por la costa. Una antes de llegar al pueblo envió un oficial con cuarenta soldados "para exortar a los de Coctu que se dexasen predicar el sancto evangelio y que reconociesen a V. M. por su rey y señor, y restituyesen a los de Quepo los daños que les abian hecho . . ."

Los españoles que formaban esta avanzada encontraron un fuerte, y pasando tres empalizadas, cayeron en una celada, pues los indios que lo ocupaban, "sin rumor ninguno, por dentro de las casas, por troneras y puertas, sin ser vistos, dieron en el caudillo y soldados con tanta destreza y celeridad que hirieron a todos los que entraron, que fueron 22, de tan graves heridas que les fué forzoso retirarse . . ." A duras penas se salvaron. "Retirados quanto un tiro de piedra, salieron los yndios a ellos con lanzas, varas y estolicas, rodela de cuero crudo de anta y se metian en los nuestros con grande animo y destreza, y si no se valieran de sus animos es cierto que no quedara hombre de nosotros. El tiempo que tuvieron las heridas calientes en la refriega se defendieron, y como se les fueron enfriando retruxeronse un tiro de arcabuz atras, adonde los indios los quisieron quemar poniendo fuego a la sabana para con mas facilidad poderlos entrar, y sino encontraran los soldados el fuego con otro que pusieron corrieran gran riesgo . . ."

Auxiliados al fin por el propio Vázquez de Coronado, fué sitiado el fuerte, y rehusando los indios rendirse, asaltado cuando ya habían puesto los sitiados a salvo sus mujeres, sus hijos y su hacienda, y los es-



LA LIBERACION DE DULCEHE
El Maestro Povedano ha escogido para este lienzo el sugestivo episodio del rescate de la princesa india por el conquistador español.

pañoles lo capturaron sin que, para contentamiento del generoso Conquistador, fuese herido indio alguno. Al siguiente día fueron detenidos dos indios principales, y con ellos se mandó a llamar a los caciques, que se habían retirado a la sierra con su gente. Al tercero día, hechas las paces, dieron los indios la obediencia. Y, dice el Alcalde Mayor: "Al cacique de Coctu mande restituyese al de Quepo la hermana e yndios que le tenía por esclavos. Truxola luego, sin vexación alguna, con otros siete muchachos y muchachas. Entreguelas al cacique Corrohore, con que entendi quedar muy contento, y al cacique de Coctu le di hachas y chaquira y otras cosas con que quedo contento del valor de las piezas. Llamase la hermana de Corrohore Dulche..."

Oh hermosa doncella, cuyo suave nombre por sabio destino era el propio de la misma dulzura! Al ser así rescatada eras, a pesar de tu sencillez, tan alta a los ojos del bizarro caballero cristiano como la más noble dama de Castilla. Bien ha hecho el insigne artista hispano que con nosotros convive en fijar con su pincel consagrado este suceso, que para el Conquistador fué apenas incidente trivial de su jornada, pero que habría de quedar para la historia como clara prueba del generoso carácter de Vázquez de Coronado.

LA FUNDACION DE CARTAGO

De Coto regresó éste a Garcimuñoz, habiendo salido el 20 de marzo de 1563 y hecho escala en Pacaca, que se había sublevado. "En esta provincia de Pacaca me detube tres días", dice (1)—"que la dexe de paz quando parti para Turucaca y entendi ser bien recibido, y fué al contrario por se aber rebelado con mi ausencia . . ."

Libertó a los manges esclavizados, a quienes el cacique Coquiba exterminaba con sus sacrificios, los cuales recompensaron su salvación haciéndose cristianos. Regresado a Garcimuñoz encontró allí a Fray Pedro de Betanzos, quien tan bien habría de expresarse de él en su carta al rey a que hemos aludido, así como auxilios, que había enviado a traer de Panamá. "Entre en esta cibdad a los 18 del abrij pasado. Fui bien recibido de los vezinos y soldados que en ella abian quedado; porque eran pocos y de ninguna parte socorridos y haziales falta mi ausencia holgaron con la prospera noticia de la tierra; los heridos convale-

(1) Cartas, Pág. 52.

rieron, y loado nuestro Señor no murió ninguno, solamente quedaron dos de ellos coxos”.

De allí envió al sargento mayor Juan de Yllanes con sesenta soldados a la región del Guarco, en donde los indios se habían rebelado y el principal cacique, llamado Quitao, pidió que se llegase a allí el propio Vázquez de Coronado, y como esto pareciese difícil, siguiendo la práctica aconsejada por Mahoma, como el Alcalde Mayor no fuese donde él, se dirigió a su vez a la ciudad. La visita fué fructífera. Tratados bondadosamente por el capitán español, dieron los indios la obediencia, causando admiración a todos lo “tan señor” que se mostró el cacique en su compostura y plática. Y fué entonces cuando el sargente Yllanes y sus soldados le dieron noticia de que en las “provincias” que venían de visitar había un valle, “el mejor de las Indias” para poblar una ciudad. Ese informe fué el que condujo a la fundación de la que habría de ser metrópoli de la Colonia.

Tras algunos incidentes en que jugaron papel preponderante los falsos Garabitos que el astuto cacique de este nombre enviaba a los españoles mientras él se ponía a buen seguro, Vázquez de Coronado resolvió ir al valle de que se le había dado noticia. “Vi el asiento”,—dice—“pareciome bien y no he visto otro mejor en estas partes, eceto el de Atrisco en Nueva España. Trace una cibdad en aquel valle, en un asiento junto a dos ríos. Tiene el valle tres leguas y media en largo y legua y media en ancho; tiene muchas tierras para trigo y mayz; tiene el temple de Valladolid, buen suelo y cielo. Nombre a la cibdad Cartago, por llamarse esta provincia desde nombre”.

Poco después los vecinos de Garcimuñoz, cuyas tierras de sembrar eran escasas, le pidieron autorización para trasladarse a la nueva población. Aquí se puso de manifiesto otra cualidad del caudillo, la previsión. "Disela con declaración que ante todas cosas hizicen milpas para se sustentar, porque hasta este punto todos los mantenimientos los he traído a mi costa de Nicaragua y otras partes..." Así nació la ciudad que habría de ser premiada por el rey con el título de "Muy Noble y Muy Leal", la ciudad que si bien no tuvo la fortuna de verse llena de suntuosos edificios, ni siquiera esas majestuosas catedrales que en casi todas las capitales de América se alzan como monumentos de la fe acrisolada de los conquistadores, atesoró con orgullosa avaricia los más puros sentimientos caballerosos de los hijos de España que llegaban, como el polen de una civilización que estaba en su plenitud, a fecundar las entrañas vírgenes de esta provincia, que debe mirar allí la cuna de su grandeza.

Y fundada la ciudad, en julio de 1563 partió Vázquez de Coronado para Nicaragua, dejando el gobierno de Costa Rica en manos del sargento Yllanes.

EL PASO DE LA CORDILLERA

A fines del mismo año regresó a Costa Rica, habiendo estado enfermo a causa de sus fatigas. De Nicaragua envió socorros y refuerzos: "Llegado que fue a la dicha provincia de Nicaragua, comenzo a persuadir, rrogar y amonestar a muchas personas para que hiziecen la dicha jornada, y en breve espacio pudo, proveyéndolos de lo nescesario, ynvíar un caudillo con quinze soldados; ayuda muy nescesaria en la dicha sazón por estar la dicha ciudad en rriesgo de aquellos que la habitavan la desanpararan, rrespeto del poco numero de gente que en ella avía"... (1). Y "no obstante que fue amonestado y persuadido que cometiese la jornada y socorro a una persona de confianza y que esperase a estar del todo convallecido, no quiso dexar de hazerla, llevando él la gente y socorro, poniendo su persona en rriesgo, especialmente por ser el tiempo en que se embarcó fragoso, en el qual se suelen perder navios en el golfo, y costa del Papagayo por donde passo..." (2). El 3 de diciembre embarcó para juntarse

(1) Documentos, Tomo IV, Pág. 355

(2) Ibid.

con Pereyra y Caro de Mesa sus tenientes, tras de hacer escala en Nicoya. Habíales ordenado que le esperasen en el puerto de Coronado, bocas del río Grande de Terraba. Juntóse con Caro de Mesa y sus gentes en Quepo, a cuyos indios satisfizo "con promesas y buenos medios las quejas que el caudillo que allí avia enviado le daban", y con Pereyra a dos jornadas de allí. Los soldados de éste habían sufrido grandes penalidades en su viaje por la costa. Estaban casi desnudos y hambrientos, descalzos y desarmados. El Capitán, "con amorosas palabras, rogándoles, persuadiéndoles, grandes premios prometiéndoles, dándoles asy mismo lo que les era necesario, repartiendo entre todos el socorro que traya, fue parte para hazerlos volver a los dichos soldados, cuyos ánimos, anteponiendo el servicio de su magestad, solo se ynclinaron a darle contento..." Y "no solamente los soldados españoles se rregozijaron con la venida, socorro y proveymiento que les hizo el dicho general, pero aun savido por los dichos yndios naturales, muchos de los quales estaban absentes y escondidos fuera de sus asyentos, se le vinieron mostrandoseles propicios e emigos del servicio de nuestra gente..."

Allí ordenó el Conquistador descargar su navío, el cual quiso enviar en busca de nuevos auxilios, pero se perdió por descuido. Y luego, teniendo noticia de la provincia de Ara (Talamanca) en donde la fama había acumulado las atrayentes leyendas del vellochino de oro, y cuyas montañas guardaban celosas sus secretos castigando con pena de la vida a los capitanes que habían intentado descifrarlo, propúsose ir a ella, cruzando la cordillera.

Ahora bien, esta es todavía para nosotros, poseedores de las facilidades que el progreso nos brinda, empresa difícil, por lo abrupto de las sierras, los peligros constantes que se ofrecen al viajero, la falta de habitaciones, etc. Fácil es imaginar lo que entonces significaba, cuando además de los peligros que ofrecía la misma naturaleza, existía la amenaza constante de los indios enemigos y el más impresionante aun de lo desconocido... Pero, cuál era el obstáculo capaz de arredrar a aquellos hombres de acero, para quienes no existían las distancias ni adversarios capaces de detenerlos? Después de él, y a la inversa, hizo esa jornada Perafán de Ribera, quien había venido desde Honduras por tierra con su familia y algunos soldados, trayendo más de cuatocientas cabezas de ganado (1). (¿A Honduras, precisamente, no había ido Hernán Cortés desde México, en jornada asombrosa que se ofrece perenne a la admiración de los siglos?) Y Vázquez de Coronado realizó la travesía como uno de tantos viajes que su cargo le imponía. En su "Probanza de los servicios hechos a Su Magestad como Capitán General de las provincias de Costa Rica" (2) se refiere a ella con el laconismo con que los grandes caudillos dan cuenta de sus mejores hechos: "mandó marchar el campo por tierra muy áspera, fragosa, ynhabitabile, en la qual, por ser tan agra, apenas se hallava ni halló agua en algunos días de los que se marcharon, respecto a lo qual no solamente se padescieron ynmedibles trabajos y necesidades, pero aun, por la grande selcitud de la montaña y altura della, se dexaron los cavallos..." Y añá-

(1) Fernández Guardia, El Descubrimiento y la Conquista, Pág. 151 - 157.

(2) Documentos, Tomo IV, Pág. 353 y siguientes.

de estas palabras, que revelan su sensibilidad a lo grande y lo bello: "que por ser tan alta la dicha cordillera que partía los dos mares, desde la cumbre se vieron claramente: cosa hasta aquella sazón no vista ni entendida por persona alguna".

Allí se detuvieron y dando esparcimiento a su ánimo admiraron aquel espectáculo sin par, de dos océanos que en la lejanía confundían el azul de sus aguas con el brillante azul del firmamento.

En Ara fué bien recibido, que hasta allí había llegado la fama de su bondad y noticia de su generoso comportamiento con los indios de la vertiente occidental. Varias tribus dieron la obediencia, a los indios enfermos hizo tratar por su médico, maravillándoles con el efecto de las medicinas de uso español, y anticipándose a la sabia política colonial de los británicos, halagó a los naturales nombrando al cacique Duy por gobernador, en nombre del Rey de España, dándole mandamiento y vara de justicia para que fuesen tratados y amparados como sus vasallos. Allí también demostró su desprendimiento y su habilidad, tratando de que no se demostrase codicia cuando los indios ofrecían oro, "porque tenía noticia que los capitanes que por allí avían conquistado se avían perdido mediante la codiciosa demanda del dicho oro". Ello no impidió, naturalmente, que indagase acerca de la procedencia del oro, pero no con violencia, sino con diligente discreción.

Después de visitar el río Estrella, que él bautizó, la bahía del Almirante, la región de Pococi y la de Atirro, en donde los indios se habían alzado asesinando a algunos españoles, y para fortalecer los ánimos de los soldados que quedaban les recordó su condición de es-



DON JUAN DE AUSTRIA

Almirante-Jefe de la Escuadra Española y aliada
victoriosa en la batalla de Lepanto,
en cuyas gloriosas naves combatieron Don Miguel
de Cervantes Saavedra
y un hermano del Gran Adelantado
Don Juan Vázquez de Coronado.

Reproducción de un cuadro de
autor desconocido existente en
el Monasterio del Escorial.

pañoles e hijos de nobles padres, prometiéndoles toda clase de ayuda, para lo cual les ofrecía su hacienda, las joyas de su mujer y a sus propios hijos para que los empeñasen regresó por fin a Cartago, cuyos vecinos le daban por muerto.

Tras algunos incidentes producidos por sublevaciones de indios, y de acuerdo con los deseos del ayuntamiento y vecinos de la ciudad, partió Vázquez de Coronado, con varios de sus tenientes y Fray Pedro de Betanzos, a solicitar algunos favores del rey para ellos y para la provincia. Felipe II le otorgó, el 4 de abril de 1565, el título de Adelantado de Costa Rica, con carácter hereditario, y le nombró gobernador. En octubre de ese año embarcó en San Lucar de Barrameda, en la nao "San Josepe", de regreso a América, pero no llegó a su destino. El mar le brindó en sus profundidades un lecho eterno, digno de la grandeza de su alma y de su ideal.

VAZQUEZ DE CORONADO, SIMBOLO

El distinguido historiador señor Fernández Guardia, primero, y otros escritores después, han rendido el debido homenaje a la memoria de Juan Vázquez de Coronado. Ciertamente, no debemos cansarnos de ensalzarla, pues que en él, repetimos, concurrieron todas las virtudes que constituyen los atributos de la verdadera superioridad. Poseyó las cualidades que distinguen a los caudillos, y exalta el romancero: reunía en justo consorcio el valor a la prudencia, era generoso por naturaleza y trató de evitar toda crueldad, sabiendo que la dulzura es arma más poderosa que la fuerza; gastó su dinero sin limitación en la empresa de la conquista, que sabía grande y fructífera, y trató de impedir que la codicia la malograra; fué general valeroso, pero también vasallo leal y cuando ofrecía ayuda a los caciques lo hizo en nombre de su rey y señor; era, a fuer de buen caballero, cortés y respetuoso, no sólo con la dama linajuda sino también con la doncella india; preocupóle no únicamente el lado material de su empresa sino asimismo el espiritual, deseando que los naturales abandonaran su idolatría y se rindieran a la fe

cristiana; leal en sus tratos, enojábase con los jefes aborígenes únicamente cuando creyó que le hacían víctima de una celada. En todos sus actos, en fin, puso de manifiesto su grandeza, que no sólo es grande quien deslumbra al mundo con sus proezas, sino también quien ama la rectitud y practica la clemencia, quien sirve bien a su causa y enseña con su ejemplo. También lo fué por sus hechos, ya que ellos admiten comparación con los de otros capitanes cuyos nombres consagró la fama. También él arrostró las fatigas de las jornadas interminables a través de las selvas milenarias, cortadas a trechos por el caudal impetuoso de los ríos de aguas rebeldes y traidoras; también él supo de los días con hambre y con sed, en los que las torturas del cuerpo sólo eran olvidadas ante el espectáculo maravilloso de los cielos tropicales tachonados de constelaciones o de los dos mares que vistos desde la cima de la cordillera cerraban el horizonte como una prolongación de esos cielos... Fué así Vázquez de Coronado representativo fiel de aquellos superhombres que realizaron la Conquista, cuyas hazañas asombran como los hechos de los semidioses legendarios. Y aun fué superior a ellos, porque su valor estuvo templado por la bondad y su arrojo por sus sentimientos magnánimos y generosos.

Quizá podamos hallar en las características de este insigne soldado las bases mismas de nuestro españolismo, en el sentido de amor profundo y jamás alterado hacia la Patria Grande que nos dió sus mejores tesoros espirituales, porque la influencia de las cualidades de Vázquez de Coronado habría de moldear en gran parte el espíritu de la colonia y la República, en

el que brillan intensas las tonalidades de nuestro origen. En este sentido, la figura del Alelantado es también símbolo de todo lo noble y lo heroico que la Conquista significó, que tras el hecho material de la posesión estaba el altísimo ideal de forjar en el continente una nueva España, prolongación de la otra no sólo por su organización sino también como emporio de civilización y cultura. Tarca homérica era ésta. Que no era superior al arrojo de quienes la emprendieron puebló su realización, y díjolo el mismo Vázquez de Coronado con estas nobles palabras, dirigidas a los soldados entristecidos por el infortunio, a quienes juntó "e con ánimo de que la obra que tenía entre manos no se dexase por tal golpe de fortuna, rrespetando el señalado servicio que a Dios y a su magestad se le hazía en llevarla adelante, les díxo que, pues eran españoles y hijos de nobles padres, que mostrasen su virtud en el acto que la muerte de los sobredichos rrepresentavan, é que no desmayasen, pues de la nación española era propio acometer hechos que escudiesen a todo género de grandeza..."

NOTA

Interesante es señalar la unidad de carácter que mostraron los hermanos Vázquez de Coronado. Uno en México, otro en la América Central, el tercero en Lepanto, «la más grande batalla que vieron los siglos», manifestaron las mismas cualidades de bravos capitanes y nobles caballeros, que si bien eran comunes a la mayoría de los caudillos españoles de la época, brillaron en sus hechos con admirable pureza. Quizá pueda verse en ellas la gloriosa influencia salmantina, la misma de Luis de León y Francisco de Vitoria, tan trascendental en la vida española. Es este un tema que ofrece vasto y agradable campo a quien con ánimo y dedicación para ello quiera tratarlo con el entusiasmo que merece.

También es oportuno recoger aquí las palabras del Licenciado Don Ricardo Jiménez, Presidente de la República, al contestar el discurso del Sr. Ministro de España Don Luis Quer Boule, en ocasión solemne en que se rindió justo tributo a la memoria excelsa del Gran Adelantado:

«Habláis de mis antepasados con elogio, y de mí, con una infinita indulgencia. Españoles fueron mis pro-

genitores Vázquez de Coronado, Alvaro de Acuña, Juan Solano y Domingo Jiménez. Todos sirvieron con lealtad a su rey y a su Dios. No heredé de ellos las virtudes, pero sí el amor por su tierra natal y el sentimiento de devoción en el servicio de la que ellos, en nombre de sus reyes, ayudaron a conquistar, a pacificar y a poblar. Me siento honrado con ser descendiente de aquellos españoles».

Estos sentimientos son ampliamente compartidos por todos los costarricenses.

INDICE

La personalidad de Vázquez de Coronado	5
Vázquez de Coronado nombrado Alcalde Mayor de Costa Rica	14
Un episodio de leyenda	18
La fundación de Cartago	22
El paso de la cordillera	25
Vázquez de Coronado, símbolo	30
Nota	33

INDICE DE GRABADOS:

Escudo de armas de Juan Vázquez de Coronado.	
El Gran Adelantado Don Juan Vázquez de Coronado.	
Medallón en alto relieve y firma de Juan Vázquez de Coronado.	
Francisco Vázquez de Coronado.	
Ruta seguida por Francisco Vázquez de Coronado.	
Itinerarios de los viajes de Juan Vázquez de Coronado.	
La liberación de Dulcehe por el conquistador español Juan Vázquez de Coronado.	
Don Juan de Austria.	